



PERSONA HUMANA, MELANCOLIA E INTUICION INTELECTUAL

NOTAS DE FILOSOFIA
P. ALFONSO LOPEZ QUINTAS

Sorprende y agrada, a la par, advertir la carga de pensamiento filosófico que muestra un buen número de escritos contemporáneos sobre Arquitectura. Leídos entre líneas se observa que la teoría de la forma, de la persona y de la intuición ocupan un puesto singular en la atención de quienes se preocupan de llevar a los afanes arquitectónicos un aire de renovación y mayor autenticidad. En consecuencia—y sin que esto quiera representar en modo alguno una banal cesión a la moda—el que quiera seguir de cerca las inflexiones del movimiento creador arquitectónico debe cultivar la lectura de textos filosóficos que le permitan descubrir cómo se abordan estos temas, con qué estilo, con qué espíritu, sobre el horizonte de qué metas, etc.

Los temas tratados en este trabajo—que prosigue la línea del publicado en el núm. 79 de esta misma Revista—pueden servir al lector, por su carácter intensamente actual, para ir adaptando su mente a la problemática más acuciante y sintomática de la Estética contemporánea.

En el parágrafo 1 se destaca la condición *abierta* de la persona humana, extraño ser nobilísimo que se gana al perderse, que logra su libertad al consagrarse libremente a una vida en servicio, que se agosta al crispase sobre sí mismo en un desesperado intento de conseguir la firmeza que confiere la soledad—esa metafísica soledad de la piedra, de la planta e incluso del animal—. Actualmente estamos viendo tal vez con más claridad que nunca la honda y profunda verdad que late en la paradójica afirmación pascaliana de que "el hombre sobrepasa infinitamente al hombre", pues sus inaplazables y más entrañables apetencias se dirigen hacia ámbitos que desbordan con mucho el plano de su ser físico-fisiológico.

Todo hombre sensible, sobre todo el que ejerce una actividad culturalmente elevada y creadora, siente constantemente el *tirón* de lo profundo, y experimenta en su propia sensibilidad, al hilo de su trabajo cotidiano, que más allá del mundo de las realidades sensibles, objeto de cálculo y medida, hay todo un mundo que se expresa en éste, lo fecunda internamente y confiere sentido y relieve. ¿Qué sería de las palabras sin la significación que en ellas late;

de los sonidos musicales sin las formas que los engarzan, vivifican y dan sentido; del gesto humano sin la expresión que lo inspira? El mundo se diluiría en un polvo atómico de impresiones superficiales que harían imposible la vida humana.

Inspirado en la meditación de estas ideas, el parágrafo 2 intenta mostrar que esta tensión del hombre hacia aquello que está llamado por su alto valor a "sobrecogerlo" y plenificarlo es raíz del irrestañable sentimiento de melancolía que infunde en los espíritus profundos esa especie de fuerza gravitatoria que lo vincula a lo cotidiano-sensible, a las capas más superficiales del ser.

Dada esta peculiar profundidad del mundo humano, lo decisivo en la formación del hombre es poner en forma la sensibilidad para lo profundo suprasensible y acrecentar la capacidad de desbordar lo superficial para vivir en los niveles de hondura que fecundan la existencia. He aquí en juego el tema crucial de la intuición, al que consagra un breve espacio el parágrafo 3. "El hombre ve lo religioso", afirma Guardini, oponiéndose drásticamente a siglos de rutina intelectual en que se pretendió convertir lo sensible en velo que oculta lo que en él se expresa, no en medio expresivo de aquello que en él de algún modo se encarna.

No debo ocultar al lector que estos temas son, de por sí, ambiguos, y como tales desconcertantes. Pero al que insiste en su estudio se le abren perspectivas insospechadas que arrojan sobre la vida humana caudales de luz.

I

LA PERSONA HUMANA COMO SER ABIERTO

La persona es un ser *distendido* en campo de seres profundos que crean, a distancia de reverencia, un clima de intimidad e inmediatez eminente. La comunidad está constituida por el despliegue orgánico de las personas en su movimiento de autoconstitución.

El ser personal ha de ser entendido con categorías abiertas y firmes a la par, paradoja aparente que sólo se resuelve de modo satisfactorio en un plano de realidad entitativamente muy noble. El ser personal implica un modo de vivir tenso, en trance de

trascendencia hacia realidades sobremanera valiosas que lo invaden sin anegarlos, sino provocando en su interior el fenómeno plenificador del *sobrecogimiento* (forma de saturación específica de los seres libres).

Existir personalmente es transfigurar los elementos que integran el ser humano en el movimiento de tensión creadora hacia los valores supremos. "La persona—escribe Guardini—sólo puede existir como existe el espíritu, es decir, para lo valioso y lo esencial, la verdad y la bondad, el derecho y el orden espiritual, para lo incondicionado, y, en definitiva, para Dios" (1).

Esto presupone en el hombre un estrato físico-químico y uno biológico, pero ambos son asumidos en el común proceso expresivo de la vida personal y elevados, con ello, de categoría entitativa. De esta forma se supera la paradoja viviente constituida por el compuesto humano, a condición de evitar todo género de artificiosas construcciones apriorísticas que pretenden unir la dispersa multiplicidad caótica de un cuerpo entendido como *mera extensión* con la simplicidad casi irreal de un espíritu reducido tendenciosamente a *mera idea*.

La exigencia primaria de toda Antropología es hoy día ver y aceptar cada uno de los seres en *todo su peso de realidad y en toda la complejidad de sus implicaciones entitativas*.

Esto permite comprender que, si a impulsos del afán de saber coactivo se arriesga un pensador a construir arbitrariamente la estructura de la realidad humana, restándole densidad y amplitud existencial, el desarraigo hace presa en el hombre y lo depaupera hasta extremos que comprometen el necesario equilibrio, que ningún razonamiento aséptico podrá debidamente restaurar.

El hombre medieval, que, lejos de *explicar* los seres complejos-irreducibles por *reducción* de los mismos a elementos amorfos con método de corte científico, movió siempre su pensamiento en un clima de reverencia ante el carácter misteriosamente originario y complejo de lo real, estaba en situación de abordar el problema de Dios con radicalidad, pero sin excesivos riesgos, ya que en el fondo de su espíritu—la *scintilla animae* en que se gesta el pensamiento—permanecía inalterablemente religado a Dios. Cuando la Edad Moderna, por urgencias metodológicas de la Ciencia, privó a los seres de relieve ontológico, el hombre perdió, en consecuencia, energía existencial y se tornó incapaz de vivir plenamente el complejo de relaciones propias de su vida personal. Este descenso de nivel provocó la ruptura interna en el ser humano, reduciéndose la *vida personal* a actos biológico-psicológicos por una parte, y a actos intelectuales y volitivos por otra. En este clima de actualismo inmanentista no queda lugar, evidentemente, para las relaciones ontológicas con la Trascendencia.

LA MELANCOLIA Y LA TENSION A LO PROFUNDO

La melancolía es el sentimiento específico que despierta la visión de un horizonte infinito en un ser creado para lo profundo.

El riesgo del melancólico es buscar su salvación en la entrega a las fuerzas insondables de la Naturaleza, por confundir lo profundo con lo arcano y considerar la fusión indiferenciada con el ser como el grado máximo de unidad. "Melancolía—escribe Guardini—es contacto con los fundamentos oscuros del ser" (2).

Este gran sensitivo de lo profundo que es Guardini ha sabido como pocos apreciar la grandeza y el riesgo inherente a la actitud de retorno a lo originario. Por eso en la historia de su pensamiento han sido sus guías Platón, Agustín, Buenaventura, el Dante y Pascal, y ha consagrado parte notable de su labor a la interpretación de Dostoiewsky, Hölderlin, Rilke y Mörike.

La melancolía es un estado de tensión entre dos polos: la nada y el infinito. La visión de lo infinito a distancia produce una emoción agrídulce en todo espíritu sensible: es la *melancolía*, sentimiento constructivo que da alas al espíritu. La distancia frente al infinito se convierte a veces en lejanía infinita que sume al hombre en la nada: es la *desesperación*, sentimiento deletéreo que abate al espíritu. La melancolía—advierte con razón Guardini—es algo que "deja al descubierto el punto crítico de la situación humana" (3).

Por falta de sano realismo se desespera el romántico al no poder despegarse de su esencial finitud y limitación. El que vive para lo eterno en un mundo de pequeñeces, el que es demasiado clarividente para no sentirse imperfecto ante Dios tiene por fuerza que sentir en su alma el aleteo dramático de la melancolía.

La melancolía es constructiva porque es hermana de la esperanza y sabe guardar el orden debido, en actitud de paciencia y humildad, que son las virtudes de los límites. El humilde sabe que la verdadera unión personal se logra a distancia de reverencia, no en la inmediatez de la fusión amorfa.

La vida en esperanza es, por expectante, una vida gozosa, tensa sin zozobra, melancólica sin desesperación. A la esperanza se debe que la melancolía fecunde la vida y no aboque a la vaciedad desesperante de una inmanencia sin horizonte de misterio.

En su aspecto más robusto y positivo, la melancolía es condición de grandes vocaciones, espíritus apresados en la alta tensión de la corriente que produce el desequilibrio entre la grandeza *finita* del hombre y la grandeza *infinita* del Creador.

(2) Cf. *Unterscheidung des Christlichen*, pág. 519.

(3) O. cit., pág. 508.

(1) Cf. *Unterscheidung des Christlichen*, págs. 243 y sigs.

Melancolía es fruto de ver bien y a largo alcance en un mundo en que no es posible verlo todo. El que ve poco no atiende a la riqueza inaccesible de lo que falta por ver: se ocupa tan sólo de su miopía. La melancolía es hija de una experiencia rica, y fruto de una sana ambición engendrada por el amor a grandes ideales. Por eso es radicalmente *inasible*, como son los objetos a que tiende. "Es como una atmósfera que todo lo rodea, una honda amargura y dulzura a la par que con todo va mezclada" (4).

Esto nos revela que la verdadera melancolía no tiende a saciarse con una inmediatez de posesión, sino con una intimidad de amor y de belleza, a un nivel rigurosamente *personal*. "La exigencia de la plenitud de valor, de vida, de belleza infinita, unida en lo más profundo de sí misma con un sentimiento de caducidad y labilidad, con una nostalgia irremediable, dolor e inquietud: esto es la melancolía (Schwermut)" (5).

El choque de lo Infinito en el alma sensible del hombre finito produce sobrecogimiento y una estrechada expectación. "La melancolía es la inquietud producida en el hombre por la vecindad de lo eterno. Bendición y amenaza a la par." Cuando el hombre se abre a la llamada que constituye la presencia de Dios hay dolores de alumbramiento, porque se crea un diálogo que compromete el ser todo de la criatura. Y entonces se inaugura la tensión viviente de la esperanza.

El que toma, por el contrario, la llamada de Dios como un reto, y se entrega a la pasión del resentimiento, no dispone sino del arma de la entrega a la nada para romper la tensión del diálogo, el conjuro de la presencia (6).

En este contexto, el arrepentimiento se manifiesta como un fenómeno eminentemente *religioso*, no sólo ético, que consiste en *situarse ante Dios* y entender el diálogo como un *don* (7).

III

LA INTUICION Y LA EXPERIENCIA RELIGIOSA

Esta concepción integral y equilibrada del hombre inspira la actitud de Guardini frente al sutil problema de la experiencia religiosa, ya en la madurez de su labor intelectual (8). Sin lograr resultados sistemáticos definitivos, este ensayo puede prestar gran utilidad en orden a orientar debidamente el problema de la intuición, de cuyo falso planteamiento se deri-

(4) *Ibid.*

(5) *O. cit.*, pág. 523.

(6) *O. cit.*, pág. 526.

(7) *L. cit.*, pág. 179.

(8) Cf. *Religion und Offenbarung*. Werkbund Verlag, Würzburg, 1958. (Edición española en Edic. Guadarrama con el título *Religión y Revelación*.) Entre las obras anteriores se destacan por su importancia *Die Sinne und die religiöse Erkenntnis*, *Das Wesen des Kunstwerkes*, *Kultbild und Andachtsbild*.

van los más graves problemas que inquietan a la Filosofía de la experiencia religiosa.

Importa subrayar que no intenta el autor elaborar una teoría gnoseológica o un tratado de Dogma, sino ofrecer perspectivas al hombre acosado por el agnosticismo religioso debido a una retracción injustificada ante los fenómenos *expresivos e intersubjetivos*. El conocimiento no es un mero saber, sino también un ver y un oír; ni se reduce a un proceso intelectual, antes ofrece toda la rica complejidad de un *encuentro*. Para decidir la suerte de la *intuición intelectual* hay que precisar rigurosamente todo lo que implica la categoría de *presencia*.

Cuando se interpretan los fenómenos reales no como algo meramente *aparente*—en contraposición a lo sustancial—, sino como algo *originario*—en oposición a lo reductible a elementos amorfos—, se destaca su carácter holista, su interna "trama, en la cual cada elemento está condicionado por todos los demás". Vistos así en relieve, los seres aparecen con un rostro determinado, con una figura propia, y el acto primario del conocer es, a la par, un acto de rigurosa visión. "Así el acto primero de captación de fenómenos, el que sostiene a todos los siguientes y va ganando progresivamente en profundidad es un mirar y ver. Mi mirada ve la esencia, y lo hace de tal manera que ésta se manifiesta a sí misma. La esencia es 'evidente', es ella misma una mirada; mira, y su mirar hace posible el mío, lo provoca." "Con ello queda dicho que el proceso de ver no es mecánico (...). Significa, más bien, que la aparición de la esencia y su captación, el ser mirado y el mirar deben estar debidamente armonizados. Y de aquí se deriva una doctrina de las condiciones concretas del conocimiento, una Ética y Pedagogía del conocimiento (...)" (9).

De esta plena valoración de los sentidos en orden a la intuición intelectual se deduce algo decisivo, es a saber, que "la experiencia religiosa no es sólo una verificación que halle su plenitud de desarrollo y de sentido en el conocimiento sino también un *encuentro*, en toda la amplitud de este vocablo. En él accede a la realidad el *hombre entero*, mediante el conocimiento, la capacidad de valoración, el sentir, el obrar y el ser. De tal modo que la marcha de esta experiencia pende de la actitud conjunta de quien la realiza".

Guardini se halla aquí en la línea pascaliana, de la que ha sabido dar una valiosa interpretación (10), y se acerca en muchos aspectos a la concepción de Marcel acerca de la "reflexión segunda" y la vinculación de conocimiento y amor.

Nada más apremiante que recomendar al lector evite el fácil recurso de interpretar esta orientación como una recaída en el irracionalismo.

(9) *O. cit.*, págs. 19-20.

(10) Cf. *Christliches Bewusstsein. Versuche über Pascal*. Hegner Verlag, Leipzig, 1935.